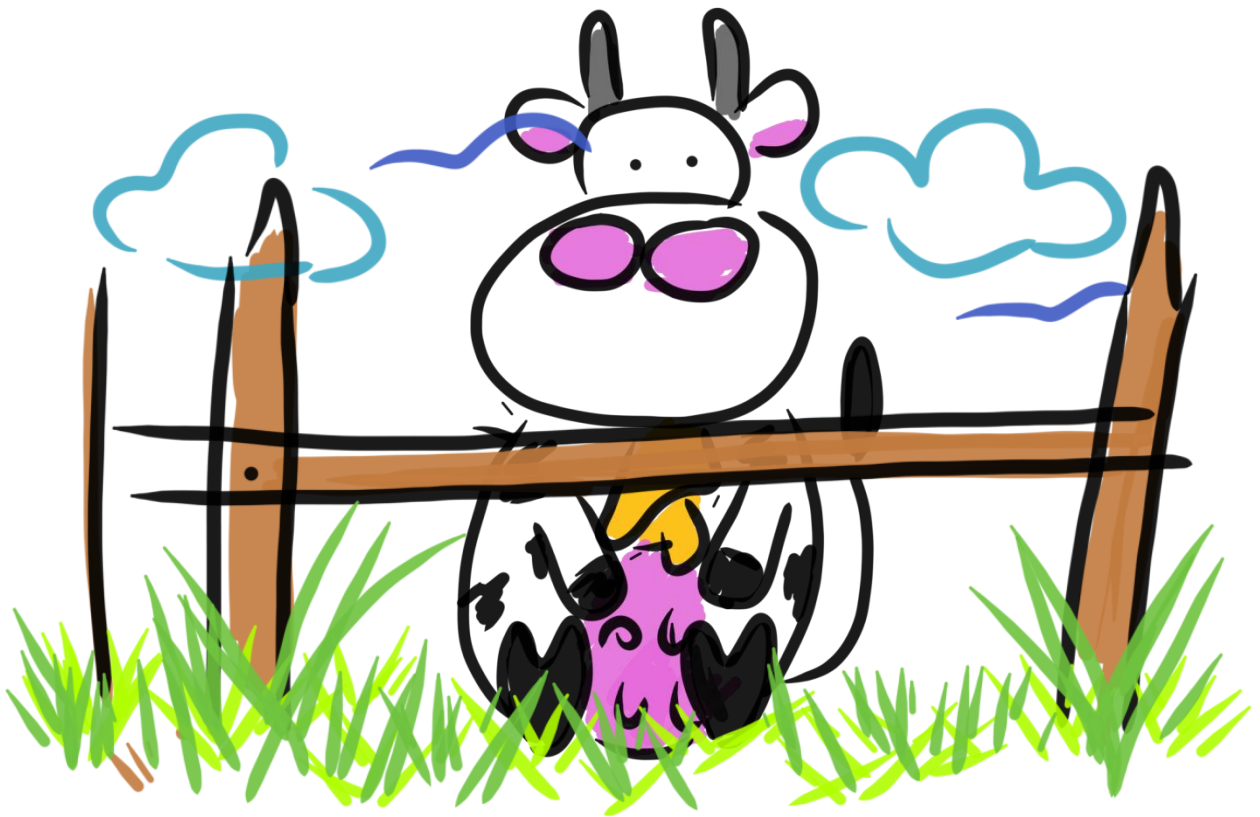


Mona, la vaca



Lucinda, la nieta de don Martín, se pasaba los días enteros detrás de su abuelo, corría tras las gallinas y los perros, pero lo que más le gustaba era acompañarlo, a ordeñar la vacas, aunque muchas fueron las veces que don Martín estuvo al borde del infarto, al verla alegre pasarse por debajo de ellas, o intentar treparlas mientras estaban acostadas; sin embargo, había una vaca especial que enloquecía a Lucinda: Mona, se dejaba hacer cualquier monería o idea que tuviera la niña, desde ponerle moñas rosadas, hasta alimentarla con galletas.

Don Martín era encantado de que Lucinda lo acompañara a todas partes, ya que era una gran compañía, además, se le ocurrían muchas ideas locas, por ejemplo, al enterarse de que Mona estaba esperando un hijo, le hizo muchas preguntas, no obstante, una de ellas llamo mucho su atención.

—Abuelo, ¿puede el bebé de Mona ser de color rosado? —preguntó la niña con evidente curiosidad, esperando con ansias la respuesta de don Martín, quien al no saber que responder dijo lo primero que se le vino a la mente.

—¡Claro que sí, mi niña!, él puede ser del color que tú quieras que sea —mintió el abuelo, para no borrar la sonrisa que se dibujaba en el rostro de Lucinda.

Así transcurrieron los días y la niña entusiasmada le decía a todo aquel que se encontraba que la vaca de su abuelo tendría un hijo de color rosa, muchos se rieron de tan disparatada idea, pero fueron más quienes le siguieron el juego, alimentando las esperanzas de la niña, quien todos los días iba con su abuelo a los campos y acariciaba la barriga de Mona con gran cariño, hablándole al futuro integrante de la granja, lo mucho que todos se iban a sorprender al conocerlo.

El anhelado día llegó y después de tantos meses de espera por fin Mona, la vaca de don Martín, daría a luz. Lucinda está muy impaciente e intranquila, pero sobre todo con muchas ganas, de conocer al ternero rosa, que durante tanto tiempo ha estado imaginando.

—¡Ya viene! —gritó don Martín al padre de Lucinda.

Poco a poco el ternero abandonó el vientre de su madre para enfrentarse al mundo y conocer a quienes tanto lo han esperado; pero en ese instante todo el mundo quedó en silencio, con gestos de asombro en el rostro y perplejos ante lo que sus ojos veían, todos, menos Lucinda, quien ya sabía lo que pasaría, quien con un grito efusivo exclamó:

—¡Al fin!, ¡que hermoso ternero color rosa!